



La vida de la farándula

Intimidades, Anécdotas
Recuerdos.

Pepe Vila

La gloria del actor es algo tan efímero como su arte, muere con él, y a veces mucho antes que él, no reservando al recuerdo de generaciones sucesivas, sino a lo sumo su nombre.

El escritor, deja en herencia sus páginas impresas, el pintor sus telas, el escultor sus mármoles o simplemente sus terracotas; el músico sus melodías, pero el pobre cómico no deja a veces ni un piadoso recuerdo. Arte de momento el del actor, muere con él al caer el telón sobre su trabajo, o el olvido sobre su nombre.

Hay artistas cuya gloria corre en voces de la fama, sobre pueblos y continentes; otros, son ellos mismos los que recorren el mundo, «golondrinas de la ilusión», dando ante públicos diametralmente distintos, sus interpretaciones geniales o afortunadas.

Muchos sin saber cómo ni por qué, caen como barridos por el huracán, en tierras bien lejanas de la suya, y allí crecen y fructifican.

De éstos, quizá el único es el mundo pues hace casi una treintena de años, que no ha vuelto entre los suyos, es nuestro actor casi nacional, Pepe Vila.

Nació en Onteniente, un risueño pueblo de la poética Valencia, tierra de moros, campo de azahares, pueblo de artistas. Representó pastorcitos en aquellas típicas fiestas de «Moros y Cristianos»,

todos los años estos pueblos levantinos, como una remembranza de pasadas luchas de religión y de reconquista.

Trabajó anónimo en compañías de comedia y



Casa en que nació Vila, en Onteniente (Valencia), situada en la calle del Príncipe. La cruz marca la casa en referencia.



Vila, cuando llegó a Chile.

algo así como autos sacramentales, que es la plaza pública y sobre un tablado, ejecutan

drama, fué después «zarzuelero», desempeñando papeles cómicos en zarzuelas serias, hasta que

en un viento de aventura, ese conquistador que todos los españoles tienen dentro, le trajo a América.

¿Cómo se ha hecho el cómico favorito del pueblo chileno?

Dándose por entero a él, en su arte, su vida, sus alegrías y pesares, su pensar y su sentir.

Ha alegrado la vida de toda una generación con sus gracias y donaires, ha dado a conocer toda la fauna musical del arte español moderno, en su teatro lleno de colorido; toda la sal de la tierra, en sus tipos del «género chico».

Aquí tiene enterrados pedazos de su alma, aquí han nacido sus hijos, aquí ha nacido él a la vida de la farándula.

Tiene una historia tejida de anécdotas. Hoy, es una niña que le escribe pidiéndole no se vaya, pues le quita el encanto de sus deliciosas matinéas, mañana es un respetable hombre público que le recuerda cuando niño, en un maestro de escuela que hacía reír llorando olvidos y desventuras, en un chulo que dibujaba desplantes típicos, o en un ingenuo soldado que hacía célebre sus ocurrencias y gracejos de grueso calibre.

Ha pisado todos nuestros escenarios, varios ya desaparecidos; ha recorrido de norte a sur la República, haciendo rápidas escapadas fuera de sus fronteras, para volver «hijo pródigo», a su público, a su casa, a «su hojita de laurel». Ha soñado añoranzas de su pueblo natal, sin que la cadena de triunfos y de aplausos, aún siendo de flores, le hayan permitido volver a él.

Y aquí está entre nosotros, haciendo que nos parezcan siempre nuevas y frescas, obras que ya

«La Macarena», y cien más viven en nuestra moderna escena palpitantes y jugosas, porque Vila les ha dado su savia de interpretación personal y cálida.

Ha estrenado también obras de autores chile-



Vila, galán joven.



¡Adiós Gertrudis!!!

nos, haciéndose aplaudir a la par que autores tan afortunados, como Víctor Domingo Silva con «El pago de la deuda», Angel Gargari, en su monólogo «En la antesala», Rivas Vicuña y Sepúlveda, con «El Macul», y últimamente, jugándose el todo por el todo interpretó en la preciosa zarzuela de Ramos «Las últimas flores»,

su delicioso «guaso», primero que en las tablas se decidió a hacer cómico tan fogueado, actor tan aplaudido.

Los beneficios que casi siempre son despedidas, y los debut, que son esperados retornos, marcan páginas inolvidables en la vida del artista de la escena.

En uno de ellos, en el teatro Santiago hace muchos años, en medio de aplausos, una voz desde la galería grita estentórea «¡Pepe! no te vayas!»

Y el actor vuelve y vuelve siempre, cada vez más nuestro, cada vez más lejos de los suyos, de los que hace veintitantos años dejó para volver a verlos meses después.

Su álbum de recortes, esa «necrópolis» de la inocente vanidad que todos los artistas tienen



Vila, artista de zarzuela grande.

tienen sobre su nombre el polvo de los años.

«Retolondrón», «Tatardillo», «El Tambor de Granaderos», «El Cabo 1.º», «Campanero y Sacristán», «Alta Mar», «La hija del Berba», «Lohengrin»,

guardado, es un trozo de vida chilena: las interpretaciones del actor, muchas de ellas van unidas a acontecimientos nacionales, a momentos viriles del alma popular, a recuerdos dolorosos de compañeros que han desaparecido, y de ilusiones y glorias que no han de volver. Las manos de Vila, en su comicidad, tienen su leyenda fuera de Chile, como en el mundo entero lo tienen las manos diáfanas, blancas y expresivas de Eleonora Duse.

Si las de ésta, hacen sentir y ayudar a pensar, las de Vila, sacudidas, movidas, alegres y parlanchinas son estimulantes de nuestra risa, son alegría y donaire que le sale hasta por la punta de sus dedos largos, larguísimos y sobre todo y antes y todo como él, como su cara y como su tipo, provocadores irresistibles de nuestra risa.

La modalidad dentro del teatro del actor de «género chico español» no se ha hecho todavía.

Existen, como no, toda una «turba multa» de ganapanes inconscientes e indocumentados, que a fuerza de desvergüenza artística, logran el aplauso inconsciente de las masas y la benevolencia general, pero estos, no son, sino momentos fugaces de una ráfaga de mal gusto, son intérpretes momentáneos de una gracia grosera, que pasa sin dejar huella, surco ni recuerdo.

El artista, como el arte, no tiene medida en cuanto a la extensión, no se es artista por serlo

Fijémonos en la variedad de tipos que un actual zarzuelero, tiene que representar en una sola noche, sola sesión de cuatro tandas, y si de ellas alguna es una Revista, los varios más, que ha de dar vida momentánea y graciosa.

Ahora es un viejo, un cuarto de hora después, sin más tiempo que el de mudarse la ropa y remozarse la cara, un niño; tan pronto hace un soldado heroico e ignorante, como un sacerdote lleno de humación mística.

Es andaluz en un tipo, para ser inglés en otro; representa un filósofo grave y seño, para a continuación hacer un ladino payés.

Es Rey o es Roque, es bueno o es malo, tan pronto feo hasta hacer reír, como un adonis que de puro lindo, hace llorar.

Todo lo tiene que ser en una noche; figúrense el mundo revuelto y confuso que en su cerebro como en su equipaje, tiene que llevar constantemente consigo este comediante de escenas y tipos «dosimetría».

Si además, por exigencias del género ha de cantar, bailar, etc., etc.; díganme si este cómico no tiene mucho de creador, en la multiplicidad de sus creaciones.

Y haga reír, pero en seguida él mismo, sin variar de tipo ha de hacer llorar. Es muy grande la labor de estos deliciosos faranduleros. Es por lo tanto muy extenso el pentágrama de la risa, que Vila ha recorrido ante no-



Vista general de Onteniente.



Fiesta de Moros y Cristianos en Onteniente, donde tomó parte varias veces el querido actor.

de «obra grande» y artesano, por serlo de «obra chica.»

Es más, me atrevo a afirmarlo de modo rotundo: entre dos actores iguales, uno de «género grande» y otro del «chico», el verdadero, el mejor lo es siempre y por entero, el de «género chico.»

sotros, durante sus treinta años de escenario. ¿No tiene defectos? ¡cómo nó! a montones, el primero su falta dolciosa de carácter.

Los demás, que los diga él puesto que yo no quiero, indiscreto, divulgarlos.

MAESE PEDRO.